

Admonición y utopía: acerca de la insularidad poética de Almafuerte

CARLOS HERNÁN SOSA

Universidad Nacional de Salta, Argentina

RESUMEN

La obra del escritor argentino Almafuerte presenta notables contrastes, dentro del contexto de emergencia de la literatura porteña de la década del 1880. Esta peculiaridad, que articula aspectos biográficos y preferencias literarias, puede analizarse tomando en cuenta la fractura que genera en el imaginario social dominante, legitimado por la élite dirigente del 80. Este artículo propone un estudio de estas problemáticas, mediante el recorte de un tópico de la poesía de Almafuerte, la creación discursiva de la chusma, y las consecutivas denuncias y postulaciones superadoras, coronadas por la formulación de una utopía. Tras este recorrido, puede apreciarse en detalle los conflictos sociohistóricos contemporáneos, especialmente las tensiones entre imaginarios sociales, que fueron registrados y resignificados por la escritura de Almafuerte.

PALABRAS CLAVE: Almafuerte, poesía argentina, el 80 argentino, imaginarios sociales.

SUMMARY

The works of the Argentinean poet Almafuerte offer noteworthy distinctions in the context of the emergence of the Buenos Aires literature in the 1880s. This distinctiveness, which links biographic features and literary preferences, can be analyzed by taking into account the rupture it brings about in the dominant social imagery of that time. This article proposes a study of those problems by narrowing Almafuerte's poetry to one topic: the discursive creativity of the rabble, and the continuing accusations and overcoming axioms, which reach the conception of a utopia. After this journey, one can appreciate in detail the contemporary socio-historical conflicts, and specially the struggle among the social imagery, which was registered and given a new meaning by Almafuerte's writing.

KEY WORDS: Almafuerte, Argentinean poetry, the Argentinean 80s, social imagery.

Para Marita Minellono:
por sus clases de literatura argentina en la UNLP
y por acercarme a la obra de Almfuerte.

*Ni Almfuerte debe repartirnos lecciones de vivir ni él sufriría
que se las diéramos de retórica. Aceptemos su espectáculo humano,
su idiosincrasia, como un aspecto más de la riqueza infatigable del mundo.
No sé si le daremos nuestra intimidad, pero sí nuestra admiración.*

Jorge Luis Borges, "Ubicación de Almfuerte".

INTRODUCCIÓN

LA FIGURA DE Almfuerte, pseudónimo del poeta argentino Pedro B. Palacios, se yergue única dentro del contexto literario porteño decimonónico. Asume en este cierto grado de particularidad, de insularidad que deviene de varios factores: una vida personal pintoresca –hoy en buena medida mitificada– y discordante entre los escritores argentinos contemporáneos; la permanencia en una estética romántica tardía, inmune a la hegemonía que ejerció el modernismo en la literatura hispanoamericana, a partir de las últimas décadas del siglo XIX; y una marcada oposición, existencial y escrituraria, a la ideología dominante del 80 argentino.¹

Puntualizando sobre el último aspecto, resulta notorio que las convicciones políticas, quizás conviene hablar de ideales políticos de Palacios, con-

-
1. Cuando nos referimos "al 80", una denominación propuesta por Noé Jitrik, pensamos en el segmento de la historia argentina tradicionalmente adscripto a la década de 1880, entre la federalización de la ciudad de Buenos Aires en 1880, hito en la organización institucional del Estado nacional argentino, y la crisis bursátil y política de 1890, declive coyuntural en el apogeo de las políticas económicas del momento. Para una revisión de estas discutibles nominaciones asignadas al período ("década del 80", "generación del 80", "el 80", "literatura del 80"), el lapso temporal a recortar y la literatura que se produjo en dicho contexto puede consultarse: Pedro Luis Barcia, "El 80 y la forma de periodización", en *Revista de la Universidad*, n.º 27, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1981, pp. 9-34; Noé Jitrik, *El mundo del 80*, Buenos Aires, CEAL, 1982; Adolfo Prieto, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988; Antonio Pagés Larraya, *Nace la novela argentina (1880-1890)*, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1994; y María Minellono, comp., *Las tensiones de los opuestos. Libros y autores de la literatura argentina del '80*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 2004.

trastaban con la legitimada ideología del 80, cuyo credo de matriz progresista se instauró como motor y, al mismo tiempo, como hermenéutica de la vida política del país y de la élite dirigente, tornándose indiscernibles ambas en varios aspectos. En un momento en que hegemonía política y poder adquisitivo se apuntalan recíprocamente, Almfuerte se aparta de ambas categorías en dos sentidos. En el meramente material, debido a su magra situación económica, producto de sus modestos desempeños como maestro o empleado público; y, en lo personal, a partir de un abierto rechazo a una clase dirigente orgullosamente cegada en su misional tarea de regir los destinos del país, elitista y terrateniente, celosa de su desempeño político y regodeada en una cultura cosmopolita, muy distante de los intereses literarios y las posibilidades materiales del poeta.

En buena parte de la poesía de Almfuerte es posible encontrar abundantes elementos que representan la sociedad argentina de la década de 1880 y de la transición hacia el siglo XX. La trama de lo social no es en ella mero telón de fondo sobre el cual se perfilan temas, personajes y situaciones; se trata de un todo organizado, un verdadero cosmos de significaciones, que desde lo imaginario percibe, piensa y recrea las experiencias sociohistóricas contemporáneas.

Tal como ha sido definido, en las lúcidas teorizaciones realizadas por Bronislaw Baczko:

Los imaginarios sociales son referencias específicas en el vasto sistema simbólico que produce toda sociedad a través de la cual [...] una colectividad designa su identidad elaborando una representación de sí misma, marca la distribución de los papeles y las posiciones sociales.

En síntesis produce “una representación totalizante de la sociedad como un orden según el cual cada elemento tiene su lugar, su identidad y su razón de ser”.²

El imaginario social emergente que asumen y promueven los textos de Almfuerte puede leerse, entonces, como resultado de la construcción de una mirada innovadora, alternativa, sobre la sociedad contemporánea. ¿En qué

2. Bronislaw Baczko, *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1991, p. 23. De los numerosos enfoques teóricos sobre imaginarios sociales, elegimos el de Baczko, porque su perspectiva de análisis se concentra en la dinámica y los alcances sociopolíticos de los imaginarios sociales; una opción metodológica que resulta más provechosa, para nuestras aproximaciones de estudio a los textos de Almfuerte.

sectores sociales se detiene esta mirada?, ¿cómo se identifican e interrelacionan estos “sectores emergentes” con el resto de los grupos sociales de este momento histórico?, ¿en qué términos se discuten las problemáticas sociales y qué propuestas superadoras se ofrecen?, son solo algunos de los interrogantes, la punta del ovillo de Ariadna, a partir de los cuales se pueden abordar las imágenes dispersas sobre la sociedad en la poesía de Palacios.

Para señalar algunos de los puntos donde es factible detectar el proceso de formación de este imaginario emergente, seguiremos un itinerario a partir de la creación y caracterización literarias de la chusma, como sujeto colectivo a partir del cual se redefinirá una nueva dinámica social, cuyo punto de mayor oposición al imaginario dominante se alcanzará con la postulación de una utopía de contornos socialistas, reconocible como una contralegitimidad³ que pretende subvertir el conjunto de valores y estipulaciones que el imaginario del poder estatal instauro como único y verdadero.

Como puede advertirse, de las aproximaciones posibles a su poesía, nos interesa, en esta oportunidad, aquella capaz de facilitar una estrategia de lectura orientada hacia el vínculo entre la literatura y la historia. En este sentido, resultan equiparables a nuestros fines los aportes críticos de Beatriz Sarlo sobre este punto; coincidiendo con ella, intentaremos releer esta articulación de esferas en la poesía de Almafuerte, desde el convencimiento de que:

La literatura ofrece mucho más que una directa representación del mundo social. Ofrece modalidades según las cuales una cultura percibe esas relaciones sociales, las posibilidades de afirmarlas aceptándolas o cambiarlas. La literatura puede ofrecer modelos según los cuales una sociedad piensa sus conflictos [...], se coloca frente a su pasado e imagina su futuro.⁴

-
3. Contralegitimidad concebida fundamentalmente como un posicionamiento, en términos de oposición y pretensión —explícita o no— de derogar el orden establecido: “El poder establecido protege su legitimidad, contra los que lo atacan, aunque más no sea al ponerlo en tela de juicio. Imaginar una contralegitimidad que no sea la que la dominación establecida se atribuye, es un elemento esencial de esta puesta en cuestión”. B. Baczkó, *Los imaginarios sociales...*, p. 29.
 4. Beatriz Sarlo, “Literatura e historia”, en *Boletín de historia social europea*, n.º 3, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1994, p. 34. Consultar, asimismo, María Teresita Minellono, “Literatura e historia”, en *Cuadernos del CISH*, n.º 2/3, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1998, pp. 289-297.

DESARROLLO

Vida y obra crean interdependencias discursivas mutuas en Palacios, pues, como representante de la segunda generación romántica,⁵ la textualización del sujeto enunciativo de su poesía entabla correspondencias con la figura del autor.⁶ Si bien no se pretende reducir esta espinosa cuestión teórica a una deficiente correlación unívoca entre experiencia y literatura, negándole a esta última la relativa autonomía que como obra literaria posee, a lo largo de la gradual constitución histórica del campo literario argentino, no es menos evidente que muchas de sus poesías insisten en establecer este modo de relación.⁷

El comentario precedente se torna premisa necesaria para tratar la configuración de la chusma ya que, en el recorrido que proponemos, apelaremos a elementos vinculados con las simpatías políticas de Palacios, a los rasgos distintivos del imaginario político dominante del 80, a las experiencias socio-

-
5. Para una revisión de la cuestión confesional en los escritores románticos, puede consultarse uno de los últimos balances sobre el tema en Jorge Myers, "Los universos culturales del romanticismo. Reflexiones en torno a un objeto oscuro", en Graciela Batticuore y otros, comp., *Resonancias románticas. Ensayos sobre historia de la cultura argentina (1820-1890)*, Buenos Aires, Eudeba, 2005, pp. 15-46.
 6. Si bien no se pretende estructurar el trabajo dentro de las estrictas formulaciones teóricas de la sociología literaria, apelando a ella puede incorporarse información que dé cuenta sobre la situación del autor: "El modo en que este se ha percibido y se percibe, así como el modo en que ha percibido y percibe el carácter de su actividad no representan un sistema de ilusiones [...] Si bien no es en ese conjunto de creencias que integran 'la conciencia de sí' del escritor donde hay que buscar la verdad de la práctica literaria, esa 'conciencia de sí' forma parte de la verdad de dicha práctica y la convención sociológica debe dar cuenta de ese doble juego". Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, *Literatura / Sociedad*, Buenos Aires, Hachette, 1983, p. 64. Por otra parte, algunos críticos de Almafuerte han percibido ya la necesidad de aproximarse a su obra sin olvidar la figura de Palacios. Sirvan de ejemplo las apreciaciones de Romualdo Brughetti, "Significación poética de Almafuerte", en Almafuerte, *Poesías completas*, Buenos Aires, Losada, 1997, pp. 377-406. (A partir de ahora indicaremos PC y el correspondiente número de página); y las de Horacio Ponce de León, citado en María Minellono, "Estudio preliminar", en Almafuerte, *Obras inéditas*, Buenos Aires, Losada, 1997, pp. 68-9. (A partir de ahora indicaremos OI y el correspondiente número de página).
 7. En muchos poemas con connotaciones políticas, son los mismos textos, dependiendo de intereses que sobrepasan o subordinan lo literario, los que obligan a establecer nexos con situaciones extratextuales –como el credo político del autor, una pretendida incidencia social, etc.–, a las que responden los poemas a través de la propaganda o la censura. Una situación que problematiza la autonomía literaria de muchas de dichas poesías, tan imbuidas en la contingencia sociohistórica contemporánea.

históricas contemporáneas, etc. Aunque con ciertos recaudos, de algún modo pareciera que con estos reparos no desatendieramos las concepciones del propio Almafuerte sobre el asunto:

No hay obra humana –por más abstracta, por más excelsa, o por más relativa y por más contingente que ella sea–, que no se tiña de las tonalidades del sitio y la hora en que ella fue realizada: no hay hecho que no denuncie al hombre que lo produjo, ni hombre que no revele de alguna manera los lodos que pisa.⁸

De este modo, las denuncias del poeta pueden relacionarse con una serie de manifestaciones ideológicas sumamente variadas, como el surgimiento partidario de la Unión Cívica Radical y el Socialismo, las organizaciones del sindicalismo obrero o las mismas agrupaciones anarquistas, que a partir de las dos últimas décadas del siglo XIX en Argentina, aunque heterogéneos y relativamente independientes, se acercaban entre sí como fenómenos ideológicos emergentes de oposición.

Los mismos propiciaron las primeras huelgas masivas en Buenos Aires (multiplicadas desde 1878), varios levantamientos armados (como los de los radicales en 1890, 1893 y 1905) y dieron lugar a atentados por motivos políticos (el asesinato de Ramón Falcón en 1909, por parte de los anarquistas), etc. Si bien respondían a intereses políticos particulares, los aproximaba la crítica hacia la situación desprotegida de los sectores populares –particularmente el obrero– y la intolerancia a una clase política dirigente que, anquilosada en el poder, solo pugnaba por los intereses endogámicos del grupo de pertenencia. Con este clima de tensión social particular se articulan los enfrentamientos discursivos de Almafuerte, quien desde su rol de escritor propicia una intervención performativa de la palabra poética en las circunstancias contemporáneas.

-
8. Discurso previo de Almafuerte a la lectura de “La sombra de la patria”, recogido en Almafuerte, *PC*, p. 61. Esta concepción literaria de Palacios constituye una de las causas principales de su rechazo al modernismo; el poeta siempre trató de diferenciarse “del vuelo grotesco de murciélago dorado”. Romualdo Brughetti, *Vida de Almafuerte. El combatiente perpetuo*, Buenos Aires, Peuser, 1954, p. 121. Defensor de un arte que tuviera vínculos con la realidad, y lejos del torremarfilismo dariano, denostó cuanto pudo la estética modernista, por considerarla cultivadora de un arte “que se goza en sí mismo como un depravado”. R. Brughetti, *Vida de Almafuerte. El combatiente perpetuo*, p. 150. Contrariamente, Rubén Darío tuvo una actitud valorativa de Palacios, lo honró como uno de los excéntricos escritores latinoamericanos que incluyó en su libro *Los raros* (1896).

El término “chusma” en todas sus acepciones, ya sea refiriéndose al séquito de una persona de rango, ya aludiendo a un sector social popular, contiene como semá constitutivo la noción de periferia, de margen. Periférica resulta entonces la masa heteróclita de sujetos que Almafuerde, además de chusma, identifica indistintamente como “chusmaje”, “muchedumbre”, “plebe”, etc. Estos representantes sociales se introducen en su poesía de dos maneras:

- a) Implícitamente, en las obras que la tienen como aparente destinatario, por ejemplo en las “Milongas clásicas”, donde la forma poética de corte popular, la simplicidad léxica, el tono sentencioso y didáctico, sugieren o recortan un público popular, a quien el texto no exige mayores saberes previos, sino que por el contrario pretende ilustrarlo.
- b) Explícitamente, aparece mencionada en las dedicatorias⁹ o en la propia poesía. Así, por ejemplo, la chusma fundamentalmente obrera de las “Milongas higiénicas”:

¡Vamos a ver, mis hermanos/ Changadores, carniceros/ Cuartiadores y cocheros/ Y todos los artesanos!

¡Vamos a ver, mis hermanas/ Planchadoras, lavanderas/ Mucamas y cocineras/ Niñas, mujeres y ancianas!

Todo pobre, todo ser/ Que vive de su jornal (OI, p. 354)

Los límites laxos con que Almafuerde utiliza el término permiten la inclusión de una gama variada de sujetos emergentes de la modernidad finisecular que, además del obrero, admite a los pobres, los presos, los perseguidos por la justicia, los menesterosos, los enfermos, los doloridos morales, los parias, etc. Si tuviéramos que encontrar un nexo relacional lo hallaríamos en la situación de víctima, que cada uno padece a su manera pero desde un lugar marginal común, como resultado de la injusticia “que da la sociedad a sus vencidos” (OI, p. 226). Planteando directamente el problema, se acercan muchas reflexiones de este tipo: “Ceñuda vida de la vida inicua/ Porque lo inicuo se absorbió los hijos:/ Taller y Mina y Cuartel y Cárcel”. (OI, p. 429)

9. Pensamos en las dedicatorias del tipo: “A los trabajadores”, “A los que trabajan”, etc.; e incluso, en algunos títulos de los poemas, que ya preanuncian un destinatario: “Plebeyas”, “Vencidos”, “Mi chusma”, “Mis hormigas de Dios”, etc.

No es precisamente el reconocimiento de la existencia de la chusma el rasgo que particulariza el nuevo imaginario en gestación en la poesía de Almafuerte. Otros textos representativos del 80 argentino focalizan también en los suburbios, el conventillo y los bajos fondos (prostíbulos, pulperías, etc.). El rasgo distintivo de la poesía de Palacios aparece en su carácter de denuncia, a partir de la construcción de una mirada sobre lo social que va a contrapelo de la de autores contemporáneos tradicionales como Eugenio Cambaceres o Miguel Cané, cuyas obras mediante la censura, la desestimación o la “utilización” de la chusma, apoyan una legitimación del imaginario dominante.

Los jóvenes protagonistas de *Juvenilia* (1884), de Miguel Cané, escapan por las noches a los suburbios, donde “ha de haber alguna chinita sirviente”.¹⁰ La imagen vale como metáfora prototípica de las relaciones sociales vigentes, que se textualizan en la literatura canónica del 80, en la medida en que los elementos involucrados: el Colegio Nacional de Buenos Aires y sus estudiantes –hijos de la aristocracia local–, el suburbio y la chinita, son significados y puestos en funcionamiento desde la óptica dominante, desde un indiscutible etnocentrismo de clase. Los poemas de Almafuerte, en forma inversa, intentan reponer una visión y una voz mimética del propio sector periférico, implementando la denuncia del abuso y no la legitimidad o la franquicia del poder de un sector social sobre otro, como en el caso representativo de Cané.

La injusticia, pivote central de todos los anatemas y sulfuraciones de Palacios, es entonces la primera causa de la situación “remanente” de la chusma, gráficamente descrita por las apelaciones “residuales” del poeta: “barro”, “fango”, “mugre” y “basura” se reiteran en los textos hasta el cansancio. El “lodazal” en el que la poesía sitúa a la chusma –y sitúa al propio enunciador– es generalmente el resultado de una combinación de iniquidades.

Los promotores del sufrimiento podrían dividirse entre aquellos que dependen de un orden superior, adscrito a la predestinación religiosa –inevitablemente sobrellevada–, y aquel sector más secular y terreno, con victimarios identificables y factibles posibilidades de cambio.

Dentro de las desdichas inevitables, Almafuerte redonda en torno a dos de raigambre religiosa: la existencia del mal como responsable de las desdichas de la humanidad, muchas veces magnificado en los arrebatos coléricos del poeta: “Cual si fuese la torpe levadura/ que lleva la creación en las entrañas”. (*PC*, p. 67), y el dolor, también ineludible, que acomete al hombre pero que,

10. Miguel Cané, *Juvenilia*, Buenos Aires, CEAL, 1992, p. 22.

al menos, desde la convicción cristiana –católica– de Almafuerte, conlleva en sí el grado de expiación que lo recompensará tras la muerte: “¡Dolor, santo Dolor [...] / [...] llama expiatoria / que convierte las pústulas en gloria”. (PC, p. 330)

Y, frente a la fatalidad irremediable, en consonancia con el credo religioso, a menudo el poeta decide acompañar en el sufrimiento: “Yo sufro por el dolor / de la Chusma miserable”. (PC, p. 77)

Sin embargo, esta actitud no acaba, como veremos, en el juicio sutilmente adverso de Borges, quien le ha reprochado que: “Quería literalmente con-padecer: sufrir con los otros”.¹¹ Estimación conveniente para Borges, quien relejó los arrebatos coléricos de Palacios como “compadradas”, reacciones más ajustadas al ambiente orillero que lo convierte en un precursor de la poesía de Evaristo Carriego. En realidad, Almafuerte superará lo que en Carriego, y en palabras del mismo Borges, no pasa de ser “un deliberado chantaje sentimental reducible a esta fórmula: Yo le presento un padecer, si usted no se conmueve, es un desalmado”.¹² Una jugada sentimentalista que parece extraña a Palacios, arisco a las sensiblerías, mucho menos mentor de ellas; propulsor sí, como contrapartida, del orgullo del paria como batallador del dolor: “Recibid el dolor y sufridlo / con no sé qué mental arrogancia” (PC, p. 195). Una arrogancia que, antes que el gesto exhibicionista e intimidatorio del compadre, puede comprenderse como un requisito para afianzar la fortaleza existencial del hombre, diferenciándose así del lamento arrabalero de Carriego:

¡Yergue altiva esa frente humillada,

.....

¡Qué! ¿No ves tu organismo de hierro/ convertirse en odiosa piltrafa?/¿No sabes, doblegado del Orbe, /que quien hoy se encorva mañana se arrastra? (PC, p. 366)

La concienzuda crítica del poeta, hacia la causa terrena del sufrimiento de la chusma, es la que atenta directamente contra la ideología dominante que apunta el imaginario social legitimado por la clase dirigente. Almafuerte, a través de sus denuncias, le da al sector marginal del que es portavoz espontáneo, la posibilidad de articular una ideología propia configurando así una

11. Jorge Luis Borges, “Ubicación de Almafuerte”, en *El idioma de los argentinos*, Buenos Aires, Seix Barral, 1994, p. 36.

12. Jorge Luis Borges, *Obras completas*, t. I, Buenos Aires, Emecé, 1994, p. 135.

estrategia capital, ya que, citando a Baczko: “La clase dominada sooo puede oponerse a la clase dominante produciendo su propia ideología, elemento indispensable para la toma de conciencia”.¹³

Dichos ataques subversivos del imaginario impuesto cuestionan una interpretación de la Historia cifrada en la división de clases:

¡Ah! Mundo de falsa fe./ ¿Por qué con rangos, blasones / haces tantas divisiones,/ dineros, razas, por qué? (*OI*, pp. 234-235)

Pues la segmentación social está respaldada, a su vez, en la explotación de los sectores populares, tal como se señala en los primeros versos de “La inmortal”:

Soportando por siglos de siglos, / minuto a minuto, la cúpula humana;/ así está la misérrima plebe,/ la inmortal invencible alimaña/ que los tercios le-breles vigilan/ y acosan y aturden y aprietan y aplastan. (*PC*, p. 186)

“Antífona roja”, por su parte, particulariza muchas denuncias en este sentido, desde la explotación en la fábrica:

Les hablo de los brazos tronchados/ en el raudo voltear de las máquinas: / de la triste vejez mendicante /después de una vida de yunque y de fragua ... (*PC*, p. 365)

.....
¿No has pensado jamás un instante / en la ley natural de tu raza, /
.....
que no debe imponer a tus hijas / el servir de estropajo en las fábricas. (*PC*, p. 367)

y la enfermedad:

¡Qué! ¿No ves la mujer de tu gleba, /que quizás es el amor de tu entraña / arrojando el pulmón a jirones / como una blasfemia sangrienta que estalla? (*PC*, p. 367)

hasta la inutilidad de las leyes:

13. B. Baczko, *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, p. 20.

Les hablo del infame despojo /do, al amparo de leyes humanas, / libertad, voluntad y conciencia/se anula y deforma, se estruja y se arranca... (PC, p. 366)

La ley se impone aquí como una muestra más de la hegemonía de los sectores sociales acomodados, y por lo tanto solo responde a los intereses de este. Coincidente es el planteo de Baczko, quien define a la ley como una representación más de la ideología dominante, en el sentido de que es impuesta institucionalmente por esta.¹⁴ La chusma, sin embargo, desde el optimismo del poeta, se mostraría perspicaz para reconocer los alcances direccionados y las parcialidades de las leyes del hombre:

Y pues tiene noción de lo justo / de no sé qué suprema balanza,
.....

Ella ve que tu ley no sostiene / ni el derecho ni el bien te consagra. (PC, p. 188)

Al descreer de la ley moldeada sobre los intereses de un sector (“¿Qué sable justiciero es esa daga / que soo hiere frentes sin diadema?” PC, p. 119), resulta posible clamar por los representantes de la chusma que sufren verticalmente su aplicación, como es el caso emblemático de los presidiarios en “Gimió cien veces” y en “El presidio”.¹⁵

En consonancia, y haciendo uso del orgullo del paria, el mero “manoseo” supeditado a las divisiones sociales no queda olvidado y está presente en las arengas: “una vida vulgar es un cofre/ de inseguras, de fáciles tapas, /donde mete cualquiera sus manos/ y pobre tesoro completo lo saca”. (PC, p. 174)

La poesía de Palacios repone, o continúa, el tratamiento de un conjunto de ideales políticos, deudores del socialismo utópico, de larga tradición dentro de la intelectualidad argentina decimonónica. Dicha herencia o posta letrada lo relaciona con el magisterio de un panteón intelectual, una suerte de genealogía de moralistas, que el propio Almafuerte se encarga de fundar para sí.

14. *Ibid.*

15. Es más, testimonian los datos biográficos del autor que su propia casa albergó más de una vez a perseguidos por “esta ley”. Cfr. R. Brughetti, *Vida de Almafuerte. El combatiente perpetuo*.

En su único texto explícitamente autobiográfico, *La hora trágica*, a partir de estratégicos recuerdos: la figura de su abuelo, quien de niño participó de la defensa durante las invasiones inglesas –en la Buenos Aires de 1806 y 1807– y además fue soldado de José de San Martín –durante las guerras de la Independencia–; y la de una tía –figura materna que ensalza o es reticente con algunos patriotas argentinos–,¹⁶ Almafuerde recorta un grupo de sujetos y acontecimientos para condensar una interpretación de la historia nacional argentina: “Mi madre me enseñó la historia en tres retratos: en el de Liniers, la Reconquista; en el de San Martín, la Independencia; en el de Mitre, la Consolidación Nacional”.¹⁷

Un cotejo entre *La hora trágica* y alguna biografía de Palacios contrastaría la existencia, en la primera, de un bienestar sin mellas –con una contención afectiva familiar, un buen pasar económico, etc.–, que aparecerá más que disminuido en la segunda. Recordar aquel período, no otro, y recomponerlo discursivamente como “la infancia feliz”; acomodar alguna figura familiar –aunque sea en último orden–, en acontecimientos indiscutiblemente fundadores del país; crear un panteón nacional, selectivo y de corte liberal, responde a una estrategia escrituraria de equiparación y factible competencia, en algún sentido, con los hombres pertenecientes a la élite dirigente de su tiempo, autonominados herederos absolutos de la gloria del pasado nacional.

En este aspecto, Almafuerde se acerca al imaginario dominante, al compartir con este un rasgo característico, denominado por Noé Jitrik la “autovaloración” del hombre del 80;¹⁸ autovaloración sustentada en la visión de

16. Con respecto al carácter deliberadamente estratégico de los textos autobiográficos apuntalados siempre por determinados intereses–, y a los elementos distorsionadores–acomodadores del hecho histórico, resulta ilustrador el juicio de Prieto: “Si el valor testimonial de la literatura autobiográfica pretende apoyarse solo en la verdad de los datos y de los hechos consignados, debemos reconocer que tal valor es relativo y susceptible de frecuentes ajustes. Los intrincados mecanismos del olvido, la perspectiva del tiempo, la trama de intereses personales o de grupo, son eficaces auxiliares en la tarea de trastocar fechas, deformar anécdotas, invertir o suprimir el orden real de los sucesos”. Adolfo Prieto, *La literatura autobiográfica argentina*, Buenos Aires, CEAL, 1982, p. 14.

17. Almafuerde, *Obras completas*, Buenos Aires, Claridad, 1983, 5a. ed., p. 138. (A partir de ahora indicaremos OC y el correspondiente número de página). Además de *La hora trágica*, el discurso “A Mitre” ofrece también una detallada visión de las glorias nacionales estimadas por el poeta.

18. Como paradigmas de los textos memorialistas del 80, pueden citarse: *Mis memorias. (Infancia-Adolescencia)* (1904) de Lucio V. Mansilla, *Las beldades de mi tiempo* (1891) de Santiago Calzadilla y *Memorias de un viejo. Escenas de costumbres de la República Argentina* (1889) de Vicente G. Quesada; y como representativos de la narrativa del

un presente, que “no estaba desligado de un pasado prócer, repleto de actos gloriosos, desde las guerras de Independencia hasta la proscripción”, y que culmina en la creación de: “Una gran e informulada autovaloración, un orgullo que se mezcla con el sentimiento de la eficacia presente y que, aparte de eso, tiene el alcance carismático propio de una clase social que ha encontrado la oportunidad para actuar después de haberse ganado el derecho a hacerlo”.¹⁹

Es evidente así el punto de intersección con el imaginario dominante: el anhelo de Palacios por compaginar un origen familiar próximo a los prohombres y acontecimientos que cimentaron la historia nacional y adscribirse, de ser posible, algo de mérito personal a partir del recuerdo. Sin embargo, excepto esta coincidencia discursiva, los puntos que alejaban a Almafuerte de la élite dirigente eran mucho más concretos e insoslayables. En principio, el autor no contaba en su familia con próceres significativos de talla nacional que legitimaran sus aspiraciones, su abuelo solo cobra escasa relevancia “contagiado” por el aura redentora de una figura irrefutable como San Martín. Por otra parte, el poeta carecía del pasaporte primordial y dignificador para incorporarse oficialmente a la élite, en términos materiales y políticos, es decir, recursos económicos sustanciosos. En tercer lugar, y reanudando el problema de la configuración discursiva de la chusma que nos interesa, las ideas deudoras del socialismo utópico, que Palacios recupera en buena medida de ciertas figuras de su panteón nacional, marcan el punto de mayor distanciamiento del imaginario dominante del 80, pues terminan socavando llanamente los intereses de la élite.

* * *

Esta recuperación de Almafuerte conjuga varias concepciones del socialismo utópico, una matriz ideológica que había sido difundida a comienzos de siglo en el Río de La Plata y, si bien resulta inexcusable para comprender los textos programáticos de la generación del 37,²⁰ estaba prácticamente descen-

80, donde lo autobiográfico aparece de manera menos avasallante: *Juvenilia* (1884) de Miguel Cané, *La gran aldea* (1884) de Lucio V. López y *La tierra natal* (1889) de Juana Manuela Gorriti.

19. N. Jitrik, *El mundo del 80*, p. 66.

20. Dos excelentes introducciones al pensamiento de la generación del 37 en Fabio Waserman, “La *generación de 1837* y el proceso de construcción de la identidad nacional argentina”, en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ra-*

trada a fines del siglo XIX. Aun así, su obra literaria tiene deudas con algunos aspectos multirrelacionados: la simpatía por el régimen democrático y la necesidad de un Estado paternalista (sobre todo con los sectores populares); la fraternidad social (consustanciada en el escritor con la preceptiva cristiana del amor al prójimo); el igualitarismo social (que en el poeta no se limita a una división equitativa de los bienes producidos, sino que también incluye una repartición de las posibilidades de superación del hombre, en la dignificación a través del trabajo, en la prosperidad moral, etc.); la idea de progreso mancomunado (igualitario tanto en su producción como en el goce de los beneficios obtenidos), etc.

Entre estas nociones, la de progreso ocupa un lugar destacado dentro de las preocupaciones sobre la chusma. La concepción del progreso, que sostienen los textos de Almafuerte, puede rastrearse ya en el pensamiento de los integrantes de la primera generación romántica argentina, “progresistas en política como en todo”, siempre “en busca de una luz de criterio socialista”.²¹ Es así como el progreso, en la palabra homónima del *Dogma socialista* (1837) de Esteban Echeverría, uno de los textos programáticos más importantes de la generación, aparece significativamente interrelacionado al hombre y a su vida social: “Todos los conatos del hombre y de la sociedad se encaminan a proclamarse el bienestar que apetecen. El bienestar de un pueblo está en relación, y nace de su progreso”, alecciona Echeverría.²²

Esta visión del avance social, como característica intrínseca del hombre que espontáneamente aspira a su superación, a un mayor bienestar personal y comunitario, resulta anacrónica dentro del imaginario legitimado del 80, y se opone a la visión propia del progreso que este imponía.

La filosofía estatal del momento, desde su relectura del positivismo social, exaltó la razón, enarboló la bandera de la ciencia, y sumió a la élite dirigente en un proyecto donde debía cumplir adecuadamente su papel: promover el progreso indefinido. Si bien se discute actualmente la categoría filosófica del positivismo como propia de los hombres del 80, dado que no se expresó, para ser exactos, con un respeto absoluto de los patrones modélicos (Auguste

vignani”, tercera serie, n.º 15, 1.º semestre de 1997, pp. 7-34; y William H. Katra, *La generación del 1837. Los hombres que hicieron el país*, Buenos Aires, Emecé, 2000.

21. Esteban Echeverría, *Dogma socialista*, edición crítica y aumentada, prólogo de Alberto Palcos, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1940, pp. 145-146. Biblioteca de autores nacionales y extranjeros referentes a la República Argentina, vol. II.

22. E. Echeverría, *Dogma socialista*, p. 159.

Comte, Herbert Spencer) y se ha comenzado a hablar de la “cultura científica” del 80, lo cierto es que aún con los distanciamientos respecto de los modelos europeos, esta “cultura científica”, tal como la caracteriza Oscar Terán, fue capital como articulador ideológico de las prácticas políticas y administrativas encaradas por la dirigencia política argentina, y es una designación que sirve al propósito de: “Indicar el conjunto de intervenciones teóricas que reconocen el prestigio de la ciencia como dadora de legitimidad”.²³

Para la clase política del 80, el progreso estaba orientado hacia el desarrollo y el bienestar de grupos pequeños de la sociedad (ante todo los que tenían voto), fundamentalmente los ciudadanos, y no los habitantes o miembros del pueblo que solo gozaban de derechos civiles y estaban excluidos de toda participación política. Por esto, según Natalio Botana, en este período la “república abierta” es una contradicción como fórmula:

Los miembros que la integran –nuevos inmigrantes y viejos criollos– no intervienen en la designación de los gobernantes, no son electores ni representantes y permanecen marginados en una suerte de trasfondo en cuyo centro se recorta un núcleo político capacitado, para ser gobierno y ejercer control.²⁴

Frente a las regulaciones estatales de esta “cultura científica”, las subversiones de Almagro propician el rechazo de esta concepción de progreso, en la medida en que el progreso indefinido, en palabras de Noé Jitrik: “En realidad, sirve para justificar, sub specia philosophica, la ferocidad de la burguesía y su sentimiento de que está cumpliendo una gran misión que se confunde de este modo con una manera de ser de la sociedad”.²⁵ Es decir que, a partir de esta confusión entre intereses de Estado con intereses de clase, se sistematiza una concepción de progreso, pensada y programada para beneficiar específicamente al sector social que la impone y que, naturalmente, excluye a los sectores populares. A este “progreso monopolizado” apuntan las denuncias de Almagro, quien abogando por otro ideal político como el igualitarismo, censura la estructuración de un régimen que, alimentado “de la carne de chus-

23. Óscar Terán, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 9.

24. Natalio Botana, *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, pp. 53-54.

25. N. Jitrik, *El mundo del 80*, p. 56.

ma” (PC, p. 183), brega por el avance privativo de una clase y no por el de la sociedad toda.

Respaldando este criterio es que la poesía de Almafuerte destaca con frecuencia la labor de los obreros, quienes a través “de su heroica labor cotidiana” (PC, p. 183), se convierten en los verdaderos generadores –“sementales” los llama en el poema “Meditación”– del progreso comunitario. A cambio de este sacrificio impagable, de “El hedor de tu sangre plebeya/ que impuso el cimientó de todas las patrias” (PC, p. 345), cotidianamente solo recibe el irónico espectáculo de ver: “Que las flores no son del que riega / sino del dichoso señor de las plantas”. (PC, p. 188)

Una referencia sucinta merecen aquí dos cuestiones, vinculadas con lo anterior, que el escritor no hereda exclusivamente de la tradición del socialismo utópico, sino también de otros intelectuales liberales de su panteón personal: la población de la nación y, hermanado con esta, el papel asignado a la inmigración.

Es relevante en torno a ambas cuestiones, la figura de Domingo F. Sarmiento, paradigma ético, ideológico-político y literario de Almafuerte,²⁶ quien ya las había desarrollado extensamente en su obra. Ambos asuntos habían constituido el eje interpretativo para comprender las problemáticas de la organización nacional argentina, y abordar sus posibles soluciones, en el *Facundo* (1845), magistralmente sintetizadas las primeras en la contundente afirmación: “El mal que aqueja a la República Argentina es la extensión: el desierto”.²⁷ Epí-

26. Sirva como ejemplo de la encomiable visión que Palacios tenía del sanjuanino, su soneto “Sarmiento”, y el iterativo recuerdo de su encuentro con él en 1884, en el pueblo de Chacabuco, que lo acompañará toda su vida. R. Brughetti, *Vida de Almafuerte. El combatiente perpetuo*, p. 67. Esta simpatía de Palacios podría explicarse por algunos puntos biográficos en común, que articulan procesos de identificación en el poeta. Con formaciones culturales autodidactas, Sarmiento y Palacios respondieron a la fórmula del “hombre que se hace a sí mismo” (*self made man*), donde la formación estuvo siempre relegada a las necesidades de cumplir con otras actividades urgentes que garantizaran sobre todo la subsistencia. Otro intelectual cuyo pensamiento puede reconocerse en el ideario de Palacios es Juan Bautista Alberdi.

27. Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo*, Buenos Aires, CEAL, 1992, p. 22.

gono de estas convicciones, Almafuerte exhorta a su chusma al poblamiento por las inmensidades de la nación.²⁸ Así, en las “Milongas clásicas”:

Y ya nunca te amontones / en postemas de ciudades,
.....
y recubras la extensión / de tu tierra exuberante,
.....
la desgarres y la inundes/ de trigales y de aldeas. (PC, p. 157)

Actitud similar adoptó frente a la necesidad de la inmigración. Es necesario subrayar las excelentes relaciones que ligaron a Palacios, por ejemplo, con la colectividad italiana en Buenos Aires, a cuyos integrantes elogia en “Confraternidad italo-argentina”, como participantes necesarios del progreso nacional: “Hijos valientes de la bellísima Italia; hermanos queridos de mi corazón; enamorados heroicos de mi patria [...] cultivadores de sus campos; civilizadores de sus desiertos [...] para enriquecerla, para poblarla” (OC, p. 346)

Los textos de Almafuerte siguen sumando diferencias con los de Miguel Cané, Eduardo Wilde o Eugenio Cambaceres, en este caso respecto de la xenofobia típica del 80. Frente al rechazo de los inmigrantes vascos, italianos o franceses, en obras como *Música sentimental* (1884) o *En la sangre* (1887) de Eugenio Cambaceres, opuesta al antisemitismo de *La Bolsa* (1891) de Julián Martel, su poesía no expone ni percibe al extranjero como un competidor social, un nuevo usurpador de la riqueza nacional que mancilla la tradición vernácula; en síntesis, como a un enemigo público cuyo avance hay que amojonar prontamente. Una percepción que sí pudo materializarse, en otra esfera, mediante la sanción de dos leyes represivas como la de Residencia de 1902, y la de Defensa Social de 1910,²⁹ que pretendían devolver a la clase dirigente porteña el control frente a los disturbios sociales que ocasionaban las organizaciones

28. Es bueno subrayar que el propio Almafuerte llevó a la práctica sus convicciones, desempeñándose muchos años como maestro en zonas recientemente pobladas de la provincia de Buenos Aires. En este sentido, resultan sintomáticas las diferencias entre este viaje de Palacios, hacia el interior del país, y el “viaje ceremonial” o el “viaje estético”, hacia Europa, típicos legitimadores sociales del hombre del 80. Cfr. David Viñas, *Literatura argentina y realidad política*, vol. I, Buenos Aires, CEAL, 1994, pp. 49-59.

29. Con respecto a la rigidez de la ley de Defensa Social, resulta ilustrador el comentario de Álvaro Yunque: “Tan brutal era esta ley, que castigaba con pena de muerte hasta a las mujeres aunque estuvieran embarazadas. Solo los menores de diez y ocho años se libraban de tan salvaje castigo”, citado en Gladys S. Onega, *La inmigración en la literatura argentina (1880-1910)*, Buenos Aires, CEAL, 1982, p. 15.

sindicales de origen inmigratorio, mediante la posibilidad de expulsión de los inmigrantes revoltosos implicados en esas actividades sindicales y políticas. Por el contrario, la posición de Palacios puede incluirse dentro del reducido grupo de escritores en el que participó:

de los valores y actitudes de la clase media criollo inmigratoria que se había formado por un rápido proceso asimilatorio no obstaculizado por una tradición cultural o por la defensa de intereses económicos. En esta escala valorativa tenía alta jerarquía el trabajo, ciertas formas de emulación, el orden, la seguridad, la búsqueda no agresiva de prestigio dentro del reconocimiento de sus límites, la admiración por el hijo del propio esfuerzo.³⁰

Al ocupar una posición social marginal como la chusma, los inmigrantes resultaban más cercanos por padecer un rechazo, muchas veces más inflexible que el que soportaban los sectores populares, atizado desde la condena de los sectores nacionalistas más recalcitrantes. Por ello, no resulta extraña la simpatía que les expresa el escritor.

Conociendo con más detalle “las esperanzas colectivas” que se articulan en el discurso contralegitimador de la poesía de Palacios, frente al imaginario dominante del 80, pueden analizarse ahora sus estructuraciones de la utopía como motor de cambio social.

Polisémicas como concepto, Baczko caracteriza a las utopías, en una de sus acepciones más abarcativas, como fundamentales para las pugnas entre imaginarios sociales divergentes, al ser receptoras de “toda una dinámica social y cultural”, pues “ofrecen estructuras de bienvenida a las esperanzas colectivas en la búsqueda de una idea moral y social, y por consiguiente intervienen como un agente activo que contribuye a la cristalización de los sueños difusos”.³¹

30. G. S. Onega, *La inmigración en la literatura argentina (1880-1910)*, p. 110. Aunque es una estimación pensada para la producción de autores que no manifestaron un abierto rechazo a los inmigrantes, como Fray Mocho, Roberto J. Payró, Federico de Grandmontagne y Carlos María Ocantos, la apreciación se adapta en gran medida a la situación de Almafuerte.

31. B. Baczko, *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, p. 70.

Para empezar, conviene demarcar una diferenciación, entre una perspectiva menos consolidada de la utopía en las poesías éditas de Almafuerde, y el añadido relevante y complementario que aportan sus *Obras inéditas*, publicadas recién a fines del siglo XX, en las cuales a partir de una perceptible vinculación con los ideales socialistas, se logra materializar una concepción de la utopía.³²

Su poesía édita presenta lineamientos esperanzadores para allanar las circunstancias desfavorables de la chusma, pero estos, aunque relevantes, no determinan ni a los protagonistas ni el derrotero para alcanzar lo deseado, por lo que la utopía no aparece aún configurada en su totalidad. Predomina, sin embargo, un alto grado de ambición y confianza en el mejoramiento de la situación; e incluso, en un acto fundamental, Almafuerde incita a soñar con una superación, con lo que tímidamente establece rudimentarias aspiraciones:

Liénete de ambición. Ten el empeño, / ten la más loca, la más alta mira.

.....

La Verdad es un molde, es un diseño / que rellena mejor, quien más delira...
(PC, p. 329)

¡Realidad: lo que no va / más allá de lo que ves! / ¡Ilusión: lo que no es: / es decir, lo que será! (PC, p. 159)

En esta línea, intentando crear autoconfianza en el mejoramiento de las condiciones de vida, también se inscriben, por ejemplo, el grupo de los “Siete sonetos medicinales”, verdaderos fármacos líricos reconstituyentes de la tenacidad y la persistencia, elementos vitales para sustentar la lucha por la utopía. Así, puede leerse en el primero, “Avanti!”:

Si te postran diez veces, te levantas/ otras diez, otras cien, otras quinientas:/ no han de ser tus caídas tan violentas/ ni tampoco, por ley, han de ser tantas.

Con el hambre genial con que las plantas/ asimilan el humus avarientas./ deglutiendo el rencor de las afrentas/ se formaron los santos y las santas.

Obcecación asnal, para ser fuerte,/ nada más necesita la criatura,/ y en cualquier infeliz se me figura/ que se mellan los garfios de la suerte.../

32. En este sentido, Baczo establece que: “Utopía es sinónimo de lo imposible, de quimera, en particular en el ámbito político y social, y solo los soñadores en la política fabrican utopías”. B. Baczo, *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, p. 71.

¡Todos los incurables tienen cura/ cinco minutos antes de su muerte! (*PC*, pp. 251-252)³³

Autoconfianza y tenacidad, legados básicos de las poesías éditas, se vinculan en el autor con su fe religiosa. Incondicional con Dios, a quien ataca constantemente acusándolo por su inercia, inclusive como aparente promotor de ciertas injusticias, el enunciador vuelve a Él tras sus rebeldías momentáneas para acercarlo a su chusma, estimándolo siempre como un elemento determinante de cualquier cambio: “Pero acuérdate de Dios/ que revuelve en sus marmitas/ las estrellas infinitas/ y el destino de los dos. (*PC*, p. 150)

Las obras, hasta hace poco inéditas, ya cristalizan una utopía. En primer lugar, sincronizan las aspiraciones dispersas de Almafuerte con los ideales de lucha del socialismo, ideario político con el que Palacios simpatizó en los últimos años de su vida.³⁴ La confianza que imponían las poesías éditas se incrementa en estos textos,³⁵ por la certeza de una concreción próxima de la utopía, calificada como “la alborada”, “el tiempo nuevo”, “una expansión cercana”, “el sol idealizado de otra vida”, “el Ideal de nuestras almas”, a la que la sociedad se encaminaría confiadamente: “En marcha vamos a los nuevos mundos/ donde no reine el insensible sayo,/ ni se repitan los males profundos. (*OI*, p. 220)

33. Recuérdense, además, los motivadores e insistentes títulos de los sonetos: “Avanti!”, “Più avanti!”, “Molto più avanti!”, “Molto più avanti ancora!”, “Moltissimo più avanti ancora!”, etc. Cfr. Almafuerte, *PC*, pp. 251-256.

34. Palacios, a lo largo de su vida, manifestó diferentes simpatías políticas. Estuvo próximo a los alsinistas, a la Unión Cívica Radical, a los socialistas y hasta mantuvo relaciones amenas con las agrupaciones anarquistas. No parece haber habido “fidelidad política” en él, sino más bien una búsqueda apremiante de apoyo y acompañamiento, que se traduce en la apelación a las diferentes posibilidades que los partidos políticos le acercaban. Sus preferencias estaban casi siempre más apoyadas en la confianza, en las cualidades de una figura, que en la convicción en un programa político; como fue, según Brughetti, el caso de la coincidencia moral que lo unió al radical Leandro N. Alem (R. Brughetti, *Vida de Almafuerte. El combatiente perpetuo*, p. 90), o el respaldo particular a Alfredo Palacios en su candidatura a diputado, por el partido socialista, en 1912. Sobre esto último, Alfredo Palacios cita una carta de apoyo, en su “Estudio preliminar”, en Almafuerte, *Nuevas poesías y evangélicas*, Montevideo, Claudio García Editor, 1921, pp. 35-36.

35. Si bien muchos de los textos, que integran sus *Obras inéditas*, tienen connotaciones próximas a nuestros intereses, incluso poesías amorosas como “Cartas de Amor” o su pieza teatral *Flechas de amor*, el análisis que presentamos se centra, por cuestiones de extensión, fundamentalmente en las seis composiciones agrupadas bajo el apartado “Poesía política”.

No solo están ya determinadas las expectativas, la fe en alcanzarlas, la seguridad de su concreción, sino que también están delegados ahora los protagonistas y el método. Los promotores del cambio sin discusión son los obreros: “Una raza esclavizada en la opresión” (*OI*, p. 221), “las libertarias voces del cadalso” (*OI*, p. 224); y el pasaje hacia el cambio es la rebelión, la revolución, tan arengada en “Chispas”, pues: “¡De ellas nacerán nuevos preludios/ de las universales libertades! (*OI*, p. 227)

Esta incitación a la desobediencia, como punto de inflexión necesario, ejemplifica algunas nociones de Baczko: “La revolución elabora su historia mítica como un relato de los orígenes; el acto fundador, el combate del pueblo, héroe colectivo del mito, contra sus enemigos reales e imaginarios, en su marcha hacia la conquista...”.³⁶ Dicha conquista aparece conscientemente buscada, programada, en los poemas: “Sí, somos nosotros y engendramos/ efecto y por la Causa rebeldías. (*OI*, p. 230)

Punto culminante de la oposición al imaginario dominante, el planteo de esta utopía con relieves socialistas, se expande abarcativa en este breve pero contundente grupo de poesías. Además de remarcar en ellas opresiones y abusos, denuncias y acusaciones, sobre las cuales ya hemos detallado, los poemas extremejan algunos recursos. Entre ellos la antítesis, la machacona visión maniquea de cuño romántico del poeta, la cual a través de oposiciones del tipo amo-esclavo, exceso-carencia, vida-muerte, instaaura ideas-imágenes alegóricas de lo que se critica, y también implícitamente del cambio deseado. Sumado a ello, la exaltación iterativa del emblemático color rojo (“horizontes rojos”, “bermejo pabellón”, etc.), representativo del socialismo, y la presencia de cierto idiolecto de camaradería política (“compañero”, etc.), conforman los índices periféricos de una clara conformación de la utopía.

Siendo indiscutible el papel relevante que la utopía cubre, como motor de las esperanzas colectivas y los consecuentes cambios sociales que suele propiciar, no puede relegarse como comentario un aspecto final intrínseco a ella: su falta de concreción. Por ende, es imposible no coincidir con la causa que Baczko indica como responsable de esta defectuosidad de las utopías, de esta carencia inherente de la que no estuvo exenta, tal como lo ha confirmado el rumbo de la historia argentina posterior, la propuesta conceptual de Almafuerte:

36. Baczko, *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, p. 97.

Se dio en el blanco al asimilar en el lenguaje corriente las utopías con las quimeras. Las modalidades propias a la elaboración utópica de la imaginación social y, en particular, la permanente tentación de abarcar en un solo proyecto toda la alteridad social eliminando, por consiguiente, todos los males sociales, indican, como ha sido repetido más de una vez al criticar las utopías, a los hombres tal como deberían ser y no tal como son.³⁷

* * *

Si recapitulamos el circuito recorrido: planteo y caracterización de un sector marginal, formulación de denuncias y críticas con respecto a esta situación, y una propuesta de enmiendas en la formulación de la utopía, resulta significativa la persistencia y la confianza de Almafuerde en su posicionamiento personal, en esta lucha de intereses enfrentados. Si bien hemos demarcado como centrales todos los puntos en que Palacios, a través de una contralegitimidad, promueve una interpretación particular de los engranajes sociales, también merece apuntarse la forma autoevaluativa, autorreflexiva, en que Almafuerde inserta su figura y su labor literaria, dentro de las controversias en relación con la chusma.

A este respecto, es ilustradora la última estrofa del poema “Apóstrofes”, en la que se condensan muchas de las asunciones autofigurativas del poeta:

1. ¡Sí, vacía; sí, pomposa;/ 2. sí, ruin; sí, delictuosa;/ 3. sí, maligna; sí, cobarde;/ 4. sí, proterva; sí, bestial humanidad: / 5. pon la faz arrebolada/ 6. más abajo de la nada,/ 7. más abajo, todavía,/ 8. pues te voy a maldecir y apostrofar:/ 9. soy tu padre, tu poeta, / 10. tu maestro, tu profeta,/ 11. tu señor indiscutible,/ 12. tu verdugo sin entrañas y tu juez!/ 13. ¡No me asustes: te domino,/ 14. te someto, te fascino/ 15. con la luz esplendorosa, /16. con el hierro incandescente de la fe! (PC, p. 238)

Como puede observarse, no resulta inexacto el juicio de Borges sobre Palacios: “Fue discursador a más no poder”,³⁸ la elocuente y trillada sinonimia de los versos precedentes avalarían su crítica. Para nuestros fines, interesa comentar en detalle los versos 9 a 12, en los cuales el enunciador se autocontempla frente a la chusma.

37. B. Bacsko, *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, p. 120.

38. J. L. Borges, “Ubicación de Almafuerde”, p. 36.

La “figura de escritor” del poeta adopta aquí diversos roles.³⁹ Se asume como un *padre*, cuyo cariño, piedad y ayuda, vimos que ofrece en su poesía; como el *poeta de la chusma*, que detenta la prerrogativa de cantar a las clases humildes; como un *maestro*, cuya didáctica ubicua no distingue, en su empeño, propagar los beneficios de la higiene, los consejos morales o el adoctrinamiento para la revolución. En cuanto al “don profético” del verso 10, de indiscutible inspiración bíblica como ya lo había caracterizado Rubén Darío,⁴⁰ es uno de los distintivos retóricos de Almafuerde, muchas veces utilizado para sus descargos verbales. En este sentido, es destacable el particular ajuste entre el tono profético del poeta y las convicciones y los ideales socialistas, en el planteo de la utopía, de los futuros tiempo mejores. Alfredo Palacios ofrece, respecto de este último aspecto, una interesante asociación entre la fe religiosa del “profeta Almafuerde” y su simpatía con el socialismo, cuando afirma que: “Los profetas proclamaron la justicia social y el amor a los pobres. Jesús fue el último de los profetas. El Socialismo es de origen hebraico”.⁴¹

Almafuerde se inscribió en su poesía como “el señor indiscutible” de la chusma, su autoconciencia ética y moral lo eleva dentro de ella. No está seguramente ausente, como causa de esta sutil diferenciación, de este autopo- sicionamiento egregio –literalmente por sobre la grey–, el plus de cultura que, detrás de la reiterada autoevaluación de rústico poeta que Palacios intentó aplicarse, aparece entrevista en las numerosas personalidades culturales referidas (Wagner, Rossini, Byron, Poe, Séneca, Schopenhauer, Kant, Nietzsche, etc.), que abundan en su poesía, donde se codean con la chusma y sugieren una instrucción menos limitada que aquella que el poeta quiso adscribirse.⁴² En el verso “tu verdugo sin entraña” parecería haber mera facundia, producto de la efervescencia apostrófica de la enunciación, pues Almafuerde nunca asu-

39. Para la categoría de “figura de escritor”, que aquí empleamos, consultar: María Teresa Gramuglio, “La construcción de la imagen”, en Héctor Tizón y otros, *La escritura argentina*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral y Ediciones de la Cortada, 1992, pp. 35-64.

40. Rubén Darío, “Prólogo. Al señor Bartolomé Mitre y Vedia”, en Almafuerde, *Poesías completas*, p. 13.

41. A. Palacios, “Estudio preliminar”, p. 14.

42. Citando sus lecturas, Brughetti remarca: “Distaba mucho de ser inculto, aunque a Palacios le gustaba alardear de ‘no letrado’. Le horrorizaba ser un ‘literato’”. R. Brughetti, *Vida de Almafuerde. El combatiente perpetuo*, p. 111. Esta rusticidad exagerada da lugar varias veces a las “compadradas” a las que alude Borges, como por ejemplo, el gesto jactancioso al escribir sobre sus críticos: “Detuve, con solo diez estrofas que publicó *La Nación*, al miserable decadentismo literario y artístico, cuyo pontífice era Rubén Darío...”. R. Brughetti, *Vida de Almafuerde. El combatiente perpetuo*, p. 121.

me semejante papel, mientras que, por último, el apelativo “tu juez”, con que se remata esta seguidilla de funciones cubiertas por el poeta, se adapta con bastante fidelidad a la autofiguración que mayor perdurabilidad tuvo en la historia de lecturas existentes sobre la obra de Almafuerite, donde quedó injustamente aprisionado como un colérico, más versificador que poeta, con una personalidad más atractiva que la obra “menor” que pudo generar.

CIERRE

El nivel de autoconciencia, presente en las autofiguraciones poéticas de Palacios, acerca de un papel clave desempeñado en su literatura y la certeza de que la misma propiciaría la concreción de sus aspiraciones de cambio, provocan muchas de las reflexiones hiperbólicas del poeta sobre el carácter fundamental e irremplazable de su función social: “Me llena de zozobra la muchedumbre/ que olvidará el camino de mi palabra”. (PC, p. 96)

En esta seguridad del enunciador en su magisterio social, muy representativa de la cosmovisión romántica, se afirma su concepción de la poesía, pensada y producida como arma de lucha performativa, como intervención directa en la realidad; por ello se delega, en la palabra poética, la función clave de defender un sector social marginalizado, atentar contra el poder político del momento, pensar un mañana sin abusos. La poesía de Almafuerite atenta simbólicamente desde lo imaginario, a partir del intento por legitimar un imaginario emergente, por la intencionalidad figurada de imponer nuevos emblemas, de ambicionar la concreción de una utopía. “El ámbito de lo imaginario y de lo simbólico es un lugar estratégico de una importancia capital”, resalta Baczko,⁴³ pues es el propulsor de la creación de mitos culturales, el regulador de cualquier tipo de adoctrinamiento (de partido, estatal, dictatorial, etc.), y por ende el promotor de los cambios socioculturales, de las revoluciones políticas; el accionar de lo imaginario funciona, siempre, como un dinámico agitador de la Historia.

Bajo esta luz pierde toda insignificancia y toda candidez el acto de imaginar y difundir la idea de un futuro mejor, y confiar para ello, como lo hace Almafuerite, en la eficacia de la palabra:

Porque la frase artera / que lanzas al azar y medio trunca, / ya no se borra
nunca / ni aunque Dios, si hay un Dios, lo dispusiera. (PC, p. 243)

43. B. Baczko, *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, p. 12.

Esta aproximación a la obra de Palacios nos permite confirmar las posibilidades que detenta la literatura –en este caso puntual la poesía– de captar diferentes representaciones de la realidad social, tamizadas inevitablemente por la mirada de opciones ideológicas que con frecuencia las enfrenta entre sí. Por otro lado, nos permite apreciar el modo en que, desde una práctica simbólica como la literatura, se puede discutir un paradigma que repercute en la esfera de las relaciones sociales. Plantear el conflicto desde lo imaginario, insistimos, no implica minimizar la cuestión o perder el tiempo con lo improbable; por el contrario, consiste en una forma valiosa de acercarnos al clima de la vida social de una época, a la que no tendríamos acceso por otra vía. Poco importan las comprobables correlatividades entre la chusma poética y la clase trabajadora argentina contemporánea, o el verdadero alcance en la contingencia histórica de las quimeras utópicas de Almafuerte. Interesa pensarlas, ante todo, como la manifestación de las tensiones sociales y las esperanzas colectivas de un período histórico de la historia argentina, que impregnaron la literatura en tanto forma adecuada para su expresión y en la cual perduran todavía, de manera subliminal, como registro mediado por la natural resignificación discursiva. ★

Fecha de recepción: 10 mayo 2013

Fecha de aceptación: 12 junio 2013

Bibliografía

- Almafuerte, *Poesía completa*, Buenos Aires, Losada, 1997.
— *Obras inéditas*, Buenos Aires, Losada, 1997.
— *Obras completas*, Buenos Aires, Claridad, 1983, 5.ª ed.
Altamirano, Carlos, “Lo imaginario como campo de análisis histórico y social”, en *Punto de Vista*, año XII, n.º 38, octubre de 1990.
Altamirano, Carlos y Sarlo, Beatriz, *Literatura / Sociedad*, Buenos Aires, Hachette, 1983.
Baczko, Bronislaw, *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1991.
Barcia, Pedro Luis, “El 80 y la forma de periodización”, en *Revista de la Universidad*, n.º 27, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1981.
Borges, Jorge Luis, “Ubicación de Almafuerte”, en *El idioma de los argentinos*, Buenos Aires, Seix Barral, 1994.
— *Evaristo Carriego*, en *Obras completas*, t. I, Buenos Aires, Emecé, 1994.
Botana, Natalio, *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.

- Brughetti, Romualdo, *Vida de Almafuerite. El combatiente perpetuo*, Buenos Aires, Peuser, 1954.
- “Significación poética de Almafuerite”, en Almafuerite, *Poesía completa*, Buenos Aires, Losada, 1997.
- Cané, Miguel, *Juvenilia*, Buenos Aires, CEAL, 1992.
- Darío, Rubén, “Prólogo. Al señor Bartolomé Mitre y Vedia”, en Almafuerite, *Poesía completa*, Buenos Aires, Losada, 1997.
- Echeverría, Esteban, *Dogma socialista*, edición crítica y aumentada, prólogo de Alberto Palcos, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1940. Biblioteca de autores nacionales y extranjeros referentes a la República Argentina, vol. II.
- Gramuglio, María Teresa, “La construcción de la imagen”, en Héctor Tizón y otros, *La escritura argentina*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral y Ediciones de la Cortada, 1992.
- Jitrik, Noé, *El mundo del 80*, Buenos Aires, CEAL, 1982.
- Katra, William H., *La generación del 1837. Los hombres que hicieron el país*, Buenos Aires, Emecé, 2000.
- Minellono, María, comp., *Las tensiones de los opuestos. Libros y autores de la literatura argentina del '80*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 2004.
- “Estudio preliminar”, en Almafuerite, *Obras inéditas*, Buenos Aires, Losada, 1997.
- Minellono, María Teresita, “Literatura e historia”, en *Cuadernos del CISH*, n.º 2/3, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1998.
- Myers, Jorge, “Los universos culturales del romanticismo. Reflexiones en torno a un objeto oscuro”, en Graciela Batticuore y otros, comps., *Resonancias románticas. Ensayos sobre historia de la cultura argentina (1820-1890)*, Buenos Aires, Eudeba, 2005.
- Onega, Gladys S., *La inmigración en la literatura argentina (1880-1910)*, Buenos Aires, CEAL, 1982.
- Pagés Larraya, Antonio, *Nace la novela argentina (1880-1890)*, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1994.
- Palacios, Alfredo, “Estudio preliminar”, en Almafuerite, *Nuevas poesías y evangélicas*, Montevideo, Claudio García Editor, 1921.
- Prieto, Adolfo, *La literatura autobiográfica argentina*, Buenos Aires, CEAL, 1982.
- *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988.
- Sarlo, Beatriz, “Literatura e historia”, en *Boletín de historia social europea*, n.º 3, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1994.
- Sarmiento, Domingo Faustino, *Facundo*, Buenos Aires, CEAL, 1992.
- Terán, Óscar, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo (1880-1910)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Viñas, David, *Literatura argentina y realidad política*, vol. I, Buenos Aires, CEAL, 1994.
- Wasserman, Fabio, “La generación de 1837 y el proceso de construcción de la identidad nacional argentina”, en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, tercera serie, n.º 15, 1.º semestre de 1997.